



# LA GRAN TRAVESÍA

Shion Miura

Traducción de Rumi Sato

Cuando el responsable del departamento de diccionarios de la editorial Genbu Books está a punto de jubilarse, se propone elegir a un sustituto para que se embarque en un ambicioso proyecto: la creación del nuevo diccionario *La gran travesía*. Y Majime, un tímido joven de escasas habilidades sociales aunque con una gran pasión por las palabras, resulta ser la persona adecuada.

A lo largo de los siguientes años, el pequeño equipo editorial experimenta momentos agrídulces, amistades, rivalidades, enamoramientos y el constante amor por los libros mientras navega por el mar de las palabras, cuyo significado evoluciona con el paso del tiempo y los cambios sociales.

*La gran travesía* es un canto al lenguaje, una preciosa novela que también sirve como diccionario de la vida y que en Japón ha cosechado un inmenso éxito: ha vendido más de un millón de ejemplares, ha ganado el premio de los librerías y se ha adaptado tanto al cine como a una serie de animación.

## Capítulo 1

NO SERÍA para nada exagerado afirmar que Kōhei Araki consagró toda su vida —o, para ser más precisos, toda su vida laboral— a los diccionarios.

Las palabras le fascinaron desde la infancia.

Por ejemplo, *inu*<sup>[1]</sup> («perro») es una palabra homófona del verbo «no estar». «Si digo que *inu ga inu*, significa que el perro está, pero como si no estuviera, ¡ja, ja! Resulta de lo más gracioso...». A su mente infantil se le ocurrían cosas por el estilo y le divertían mucho, aunque si ahora que era un hombre hecho y derecho se le ocurriera comentarlo en el trabajo, seguro que sus jóvenes compañeras lo obligarían a callarse con desdén: «Basta ya de esas bromas aburridas, señor Araki».

Araki de pequeño había aprendido que ese *perro* tenía otros significados además del de animal de cuatro patas. Una vez, cuando su padre lo llevó al cine, oyó gritar: «¡Maldito perrooo!» a un *yakuza*, un mafioso japonés, bañado en sangre mientras moría traicionado en la pantalla. «Así que a un espía enemigo también se le puede llamar *perro*», pensó Araki. El jefe *yakuza*, al enterarse de que su secuaz había sido herido de muerte, se levantó de un salto y rugió a sus acompañantes: «¡Eeeh, vosotros! ¡¿Qué demonios estáis haciendo ahí parados?! ¡Traed las dagas y actuad! ¡Nunca consintáis que a uno de los nuestros lo maten como a un perro!». De manera que esa expresión con *perro* también podía significar «en vano, acto inútil» y, en ese caso concreto, «morir inútilmente».

Los perros eran fieles compañeros de los humanos, dignos de confianza, inteligentes y adorables, pero *perro* también podía referirse a un traidor o a una acción inútil, infructuosa. ¡Qué extraño! De pequeño, Araki trató de descubrir cómo era posible eso. Quizá tenía que ver con la fidelidad del animal, que rayaba el servilismo, con esa devoción que nunca era recompensada por más intensamente que se la demostrara a su amo. Quizá tales rasgos caninos fueran la causa de dotar al término *perro* con esos otros sentidos negativos.

A pesar de su interés precoz por las palabras, el primer encuentro de Araki con un diccionario se produjo relativamente tarde. Sus padres, que administraban una ferretería, estaban ocupados almacenando y atendiendo a los clientes, y no se les pasó por la cabeza la idea de comprarle un diccionario para ayudarlo en sus estudios. Su filosofía educativa era: «Si un niño está sano y no causa problemas a los otros, con eso es suficiente». Y sus padres no eran los únicos que pensaban así: la mayoría de los adultos en aquella época lo hacían.

Araki, por su parte, tenía más ganas de jugar al aire libre con sus amigos que de estudiar. Apenas había prestado atención al único diccionario de japonés moderno que había en el aula de su escuela de primaria; para él no era más que un simple objeto cuyo lomo entraba en su campo de visión de vez en cuando.

Todo cambió con su primer diccionario, el *Diccionario de japonés de la editorial Iwanami*, un regalo que le hizo su tío para celebrar su ingreso en secundaria. Desde el momento en que lo cogió, se quedó enganchado. El placer de abrir un diccionario que le pertenecía y hojearlo era indescriptible. Al igual que la cubierta brillante, las líneas estrechas impresas en cada página y el tacto del finísimo papel. Pero, por encima de todo, le gustaban sus definiciones concisas. Una noche, mientras remoloneaba con su hermano pequeño en la sala de estar, su padre les regañó: «¡Ba-

jad la voz!». Para probar el diccionario, Araki buscó la entrada *koe* («voz»). Su definición era la siguiente:

**koe** (sust.) 1. Sonidos que las personas y los animales producen mediante el uso de un órgano especial situado en la garganta. 2. Sonido que se asemeja a la pronunciación vocal. 3. Señal de la proximidad de una estación del año o de una época de la vida.

También venían los ejemplos de uso de la palabra. Algunos de ellos le eran familiares, como *koe wo ageru* («levantar la voz») o *mushi no koe* («canto de un insecto»). Los otros nunca se le habrían ocurrido: sentir la señal del otoño era «oír la voz del otoño»; estar uno cerca de los cuarenta años de edad era «oír la voz de los cuarenta». La idea era nueva para él, pero le convenció: *koe* ciertamente podía transmitir «la señal de la llegada de una estación de la naturaleza o de un momento de la vida». Al igual que *perro*, la palabra voz poseía toda una variedad de significados. Y no solo eso: al consultar el diccionario, Araki se dio cuenta de que las palabras que usaba habitualmente tenían más significados, todos sorprendentemente amplios y profundos.

Aun así, esa explicación de «un órgano especial situado en la garganta» le pareció críptica. Por lo que, olvidándose de la regañina de su padre e incluso haciendo caso omiso de su hermano pequeño, que reclamaba su atención, buscó *tokushu na* y *kikan*, las palabras «especial» y «órgano».

**tokushu na** (adj.) 1. Cualitativamente diferente de lo ordinario; tener una naturaleza particular. 2. (Filosofía) Lo que es individual, en oposición a universal.

**kikan** (sust.) Una parte constitutiva de un organismo que tiene una morfología fija y que lle-

va a cabo una determinada función fisiológica.

Esas definiciones le resultaron bastante ambiguas. Como sabía que el «órgano especial situado en la garganta» solo podían ser las cuerdas vocales, Araki dejó correr el asunto. Pero para cualquiera que ignorase que las cuerdas vocales eran un «órgano especial situado en la garganta», la explicación seguiría siendo un misterio.

Lejos de perder el interés, el descubrimiento de que su diccionario no era perfecto no hizo más que acrecentar su afición. Incluso le gustaba la insuficiencia de algunas definiciones, ya que evidenciaba la gran dificultad del trabajo lexicográfico. La imperfección de ese diccionario precisamente le transmitía los verdaderos esfuerzos y el entusiasmo de los lexicógrafos. La amplia gama de entradas, definiciones, ejemplos... que resultaba fría e impersonal a simple vista no era sino el resultado de la selección y el trabajo concienzudo de unas personas. ¡Qué paciencia debían de tener y qué profundo apego a las palabras!

Desde entonces, comenzó a ahorrar la paga mensual que recibía de sus padres para frecuentar una librería de viejo; cuando salía una nueva edición de un diccionario, normalmente se podía adquirir un ejemplar de la edición anterior a bajo precio. De este modo, poco a poco fue recopilando una notable variedad de diccionarios de diferentes editoriales, que comparaba entre sí. Algunos estaban andrajosos, con la cubierta rota de tanto usarlos. Otros tenían anotaciones y subrayados en rojo hechos por el propietario anterior. Y en el caso de los diccionarios antiguos, mostraban signos de las disputas lingüísticas entre el compilador y el usuario.

Araki soñaba con convertirse en filólogo o lingüista de japonés y elaborar él mismo un diccionario. Así que el verano del segundo curso de bachillerato, un año antes de su graduación, le pidió a su padre que lo dejara ir a la universidad.

—¿Cómooo? ¿Qué quieres estudiar lengua japonesa? ¿De qué me estás hablando? Si ya la hablas, ¿no? ¿Qué necesidad hay de aprender más japonés hasta el punto de tener que ir a la universidad?

—No, papá, esa no es la cuestión.

—No me importa. ¿Por qué no ayudas en la tienda? Tu madre está mal de la espalda, ya lo sabes.

Su padre no prestó oídos a Araki, pero más tarde el tío que le había regalado su primer diccionario, un tripulante de un ballenero que había aprendido a apreciar los diccionarios durante sus largas navegaciones marítimas y que tenía fama de excéntrico en la familia, convenció a su hermano mayor, intercediendo por Araki durante sus raras visitas a la casa:

—Kōhei es un chico muy inteligente. ¿Por qué no dejar que siga estudiando y enviarlo a la universidad, hermano?

Este último le hizo caso y acabó aceptando.

Araki estudió con gran aplicación y consiguió aprobar el examen tan difícil de ingreso a la universidad. No obstante, a lo largo de los siguientes cuatro años, se dio cuenta de que carecía de las cualidades de un erudito, aunque no por ello renunció a su deseo de elaborar un diccionario.

En el transcurso del último año de la carrera universitaria, la editorial Shōgakukan comenzó a publicar su *Gran diccionario de japonés*, una obra colosal de veinte volúmenes que contenía unas 450.000 entradas compiladas durante más de una década y del cual se rumoreaba que el número de colaboradores ascendía a 3000; este hecho espoleó a Araki a seguir con su proyecto lexicográfico. Sin embargo, tal maravilla de la lexicografía estaba fuera del alcance de un estudiante pobre. Mientras observaba los tomos del diccionario en una estantería de la biblioteca de la universidad, casi temblaba al pensar en la pasión y el tiempo invertidos por los participantes en esa magna obra. Allí, sobre la estantería de la silenciosa biblioteca que olía a polvo, el

diccionario parecía emitir una luz tan pura como los rayos de la luna emergiendo del cielo nocturno.

«El nombre de Kōhei Araki nunca llegará a alcanzar la suficiente distinción académica como para figurar en la cubierta de un diccionario, pero todavía me queda la posibilidad de ser el editor. Y lo conseguiré cueste lo que cueste. Jamás me arrepentiré de volcar toda mi pasión y mi tiempo en un diccionario». Con esa determinación, se dedicó a buscar un empleo y acabó siendo contratado por una prestigiosa editorial, Genbu Books.

—Desde entonces, me he dedicado exclusivamente a confeccionar diccionarios durante treinta y siete años.

—Vaya, ¿ya ha pasado tanto tiempo?

—Sí. Hace más de treinta años que lo conocí, profesor, aunque por aquel entonces usted tenía más pelo... —Araki miró la coronilla del profesor Matsumoto, que estaba sentado frente a él.

El profesor Matsumoto dejó el lápiz con el que estaba escribiendo en una ficha léxica, se rio agitando su filiforme cuerpo y comentó, tomándose la revancha:

—Y usted ha acumulado bastante nieve en la cabeza.

A esa hora, el restaurante en el que se encontraban estaba lleno de oficinistas en medio de su receso. Les sirvieron lo que habían pedido: fideos *soba* fríos acompañados de caldo. Los dos hombres dejaron su conversación y se tomaron la comida en silencio. Mientras lo hacían, el profesor Matsumoto permanecía atento a las palabras que aparecían en la televisión que estaba sujeta a la pared para apuntar nuevos términos o algún uso inusual en las fichas léxicas. Como de costumbre, Araki mantenía los ojos fijos en las manos del profesor, consciente de que, cuando este se hallaba absorto recopilando palabras, era capaz de tomarse los fideos con el lápiz o de intentar escribir con un palillo. Para rematar el almuerzo, tomaron té frío de cebada y se relajaron.

—¿Cuál fue el primer diccionario que tuvo usted? —preguntó Araki.

—Uno que heredé de mi abuelo, el *Mar de palabras* del pionero Ōtsuki Fumihiko<sup>[2]</sup>. Cuando me enteré de que Ōtsuki lo había compilado en solitario tras superar una serie de grandes dificultades, me quedé muy impresionado, a pesar de no ser más que un niño.

—De eso estoy tan seguro como de que usted trató de buscar algunas palabras obscenas, ¿a que sí?

—No, no, de eso nada.

—¿En serio? Tal como le he comentado antes, mi primer diccionario fue el de Iwanami, el que me regalaron cuando entré en la secundaria. Y buscaba en él todas las palabras indecentes que se me ocurrían.

—Pero ese diccionario es extremadamente contenido y recatado. Me imagino lo decepcionado que se tuvo que quedar.

—Así fue. Para *chinchín* no venía más que lo de ponerse sobre dos patas del adiestramiento canino y lo del sonido del agua hirviendo, nada sobre el pene. ¿Se da cuenta de que usted está admitiendo que también lo buscó?

El profesor Matsumoto soltó una risita.

La hora del almuerzo estaba terminando. El restaurante se hallaba ya casi vacío. La propietaria se acercó a su mesa y les volvió a llenar de té los vasos.

—He tenido el privilegio de trabajar con usted durante mucho tiempo, pero nunca antes habíamos intercambiado recuerdos sobre diccionarios, ¿a que no? —comentó Araki.

—La verdad es que hemos creado muchos diccionarios juntos. Tan pronto como terminamos uno, nos ponemos a revisarlo para actualizar su edición, de modo que nunca hemos tenido tiempo de charlar de forma distendida. Primero fue el *Diccionario Genbu de japonés moderno*, luego el *Diccionario Genbu de japonés escolar* y para rematar el *Genbu de sinogramas*. Todos son memorables.

—Siento muchísimo no poder ayudarlo a terminar nuestro último proyecto. —Araki puso ambas manos sobre la mesa y bajó la cabeza profundamente.

El profesor Matsumoto, que estaba recogiendo sus fichas léxicas, parecía desilusionado. En contra de cómo solía actuar, encorvó los hombros y lanzó con timidez la pregunta:

—¿No hay ningún método por el cual pueda posponer la jubilación?

—Las leyes son las leyes.

—¿Tampoco podría quedarse a tiempo parcial?

—Tengo la intención de pasarme por la oficina cuando me sea posible, pero he de confesarle que mi mujer no está bien de salud. Hasta ahora me he enfrascado en el trabajo y no me he dedicado nada a ella. Así que por lo menos me gustaría pasar tiempo a su lado cuando me jubile.

—Ya entiendo. —El profesor Matsumoto estaba cabizbajo. Luego añadió en tono animado aunque evidentemente fingido—: Sí, eso es lo que debe hacer. Ahora le toca apoyarla.

«Si le quitase la motivación, sería un editor indigno», pensó Araki. Levantó la mirada y se inclinó hacia adelante en un intento de alentarle.

—Antes de jubilarme, le prometo a toda costa que encontraré a alguien apto para que me sustituya. Alguien capaz de ofrecerle toda la asistencia necesaria, de hacerse cargo del Departamento de Edición de Diccionarios y de llevar a cabo nuestro nuevo proyecto de diccionario. Alguien joven y prometedor.

—Editar un diccionario no es como editar cualquier otro libro o revista —le advirtió el profesor—. Es un mundo peculiar. Se requiere de una paciencia extrema, alguien lo suficientemente exhaustivo para atender a detalles minuciosos y con un amor ferviente por las palabras, pero que no se deje arrastrar por él a fin de mantener una perspectiva lo bastante amplia. ¿Cree que hay jóvenes así hoy en día?

—Seguro que los habrá. Si no puedo encontrar a la persona adecuada entre los quinientos empleados de nuestra compañía, incluso estoy dispuesto a reclutar a alguien de la competencia. ¡Le ruego encarecidamente que continúe aportando sus conocimientos a Genbu Books!

—Me siento verdaderamente afortunado de haber podido crear diccionarios con usted, Araki. No importa lo que tarde en encontrar un sucesor; sé que nunca más tendré a otro editor con sus capacidades.

Emocionado, Araki estuvo a punto de romper a llorar, pero rápidamente se mordió el labio inferior para contenerse. Había pasado más de tres décadas junto al profesor Matsumoto, inmerso en libros y galeradas, y ahora todo ese tiempo compartido parecía un hermoso sueño.

—Gracias.

Sintió despecho por tener que irse justo cuando habían concretado los planes para un nuevo diccionario. Los diccionarios formaban casi parte de su esencia y habían sido su gran pasión y, además, aún le quedaba una importante tarea que cumplir antes de retirarse. La acababa de descubrir tras la muestra de afecto de Matsumoto y al ser consciente de la soledad y la inquietud que habían asaltado a este último. Siempre había creído que su papel como editor había consistido exclusivamente en dirigir los pasos a seguir para la elaboración del nuevo diccionario que tanto ansiaba terminar, pero ahora se daba cuenta de que estaba equivocado: debía encontrar sin demora a alguien que amara los diccionarios tanto como él o incluso más. Debía lograrlo por el bien del profesor, por el bien de todos los usuarios y de quienes estudiaban japonés y, por encima de todo, por el bien de un nuevo libro tan digno como lo es un diccionario en sí mismo.

Araki regresó a la oficina lleno de entusiasmo para acometer su última gran empresa.

Sin perder tiempo, se puso en contacto con las otras divisiones editoriales de la compañía para preguntar si dispo-

nían de posibles candidatos, pero los resultados fueron desmoralizadores: la gente no se interesaba más que por el beneficio inmediato.

La mala situación económica había creado una gran tensión en todos los departamentos, de modo que las respuestas que obtuvo Araki fueron similares: darían la bienvenida a nuevos proyectos, como editar una revista que casi con total seguridad se podría autofinanciar con anuncios o un libro que no requiriera muchos gastos para elaborar sus contenidos, pero bajo ningún concepto, y dadas las circunstancias, podían liberar a nadie para trabajar en un diccionario.

—Los diccionarios le dan una imagen digna a la compañía; además, son inmunes a las fluctuaciones del mercado. ¿Es que no hay nadie con aspiraciones que sepa ver más allá de sus narices y pensar a largo plazo?

—Qué le vamos a hacer. —Masashi Nishioka, que apareció entre las estanterías, respondió a lo que había dicho Araki como para sí mismo—. Editar diccionarios cuesta una suma importante de dinero y lleva muchísimo tiempo. La gente siempre ha preferido ganar dinero rápido y así seguirá siendo. —Se dirigió a su escritorio y se sentó.

Nishioka tenía razón. El Departamento de Edición de Diccionarios de Genbu Books se había quedado muy tocado por la recesión y se había visto obligado a recortar drásticamente el presupuesto y el personal. De hecho, el proyecto del nuevo diccionario incluso se había quedado estancado, y lo que era peor: aún seguía sin aprobarse.

Araki hojeó el *Amplio jardín de palabras* y el *Gran bosque de palabras*, los diccionarios de tamaño mediano que lucían en su escritorio. Mientras comprobaba la diferencia entre *vasto* y *enorme*, chasqueó la lengua.

—No me digas eso como si no tuviera nada que ver contigo, Nishioka. Como no haces bien tu trabajo, me veo forzado a resolver un sinfín de problemas, y lo sabes de sobra.

—Sí, sí, señor. De veras que lo siento.

—No estás hecho para ser lexicógrafo. Tu carácter activo es útil cuando hay que ir a recoger manuscritos, pero para nada más.

—¿No se va a arrepentir después de lo que me acaba de decir, señor Araki? —Sin levantarse, Nishioka hizo rodar su silla hasta ponerse al lado de su jefe—. Se alegrará mucho cuando se entere de la buena noticia que le traigo gracias a esta naturaleza mía de hombre de acción.

—¿Y cuál es?

—Hay alguien idóneo para ser lexicógrafo.

—¿Dónde?! —Araki se puso en pie de un salto.

Nishioka esbozó una sonrisa y se hizo el interesante. A pesar de que no había nadie más a su alrededor, bajó la voz con teatralidad y susurró:

—Departamento de Ventas. Veintisiete años, como yo.

—¡Menudo imbécil! —Araki le dio un guantazo en la cabeza—. Ambos fuisteis contratados el mismo año y lo conoces, ¿no? ¡¿Por qué no me has dicho nada antes?! —

—¿Es este el agradecimiento que recibo? —Nishioka, malhumorado, se frotó la coronilla y retrocedió con la silla hacia su escritorio—. No nos contrataron al mismo tiempo. Me dijeron que hizo el curso de especialización y que lleva solo tres años en la compañía.

—¿Ventas, dices?

—Aunque vaya ahora, no lo encontrará, ya que probablemente estarán todos haciendo visitas a las librerías.

El Departamento de Edición de Diccionarios se ubicaba en la primera planta del anexo, un viejo edificio con una estructura de madera, de techos altos y cuyo suelo de tarima se había ido oscureciendo hasta adquirir un color ámbar. Los pasos de Araki resonaron en el sombrío pasillo. Bajó la escalera, abrió la puerta doble y de repente lo cegó un rayo de sol de principios de verano. Entrecerrando los ojos, divisó el edificio principal de ocho plantas que se erguía

entre los árboles en el mismo recinto. En lugar de ir por la sombra, se apresuró directamente hacia la entrada.

Entró en la oficina del Departamento de Ventas, situado al fondo de la primera planta, y se detuvo en seco. «¡Qué fallo! Se me ha olvidado informarme de lo más importante: del nombre del joven candidato o candidata. Ni siquiera sé si es chico o chica. Me he entusiasmado tanto que me he precipitado».

Trató de calmarse mientras recorría con la mirada el interior de la oficina sin revelar su interés. Por fortuna, el personal de ventas no había salido aún para realizar sus visitas. Seis o siete personas estaban sentadas a los escritorios trabajando con el ordenador o hablando por teléfono. ¿Cuál sería el que tenía veintisiete años, un título de posgrado y que llevaba allí tres años? Por desgracia, casi todos eran hombres y mujeres alrededor de los treinta; no podía dar con la persona que buscaba. «Pero ¿qué diablos está pasando en el Departamento de Ventas? Estos jóvenes deberían ponerse en movimiento. Que salgan ya todos inmediatamente a las librerías..., excepto la persona que busco, claro».

Mientras Araki gruñía en su interior, la empleada que estaba más cerca de él se acercó y preguntó:

—¿Está buscando a alguien, señor? —E intentó conducirlo hacia la entrada principal.

Parecía haberlo confundido con un extraño que había llegado allí sin haber pasado por recepción. A pesar de que Araki llevaba en la compañía treinta y siete años, muchos de los empleados veteranos de Genbu no lo conocían porque había estado siempre encerrado en el edificio anexo.

—Ah, no, no es eso... —Trató de explicar el objetivo de su visita, pero titubeó. De inmediato, sus ojos fueron atraídos por un joven que se encontraba en un rincón de la estancia.

Estaba de pie y de espaldas, mirando hacia una fila de estanterías que se extendía a lo largo de la pared. Era alto

y delgado, con un cabello demasiado revuelto para ser alguien que trabajaba de cara al público. Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, y parecía disponerse a reorganizar los estantes. Araki lo estuvo observando mientras recogía varias cajas, grandes y pequeñas, y las llevaba de un estante a otro hasta encajarlas perfectamente en orden sin dejar ni un hueco. Sus habilidades eran tan asombrosas como las de alguien que arma un complicado rompecabezas en un abrir y cerrar de ojos.

«¡Oh! —Araki reprimió un grito de júbilo—. ¡Esa destreza precisamente es una de las facultades cruciales que debe poseer cualquier persona involucrada en la compilación de diccionarios!».

En las etapas finales de edición, el número total de páginas es fijo e inalterable, ya que cualquier cambio afecta la impresión y el precio. Para ajustar los contenidos en el número de páginas asignado, hay que tomar decisiones rápidas en poco tiempo, suprimir los ejemplos de uso, pese a lo mucho que le duela a uno tener que hacerlo, o condensar las acepciones con eficacia. Exactamente el tipo de habilidades que se requiere para resolver rompecabezas y que ese muchacho acababa de mostrar.

«¡Tiene que ser él! ¡Parece que es el más adecuado para convertirse en el próximo jefe del Departamento de Edición de Diccionarios!».

—Oye. —Conteniendo todo lo posible su excitación, Araki se volvió hacia la joven que estaba a su lado y preguntó—: ¿Cómo es ese chico?

—¿En qué sentido...? —Su interlocutora se mostró cautelosa.

—Soy Kōhei Araki, del Departamento de Edición de Diccionarios. ¿Qué puedes decirme sobre él? ¿Tiene veintisiete años y lleva tres años aquí después de haber hecho el posgrado?

—Creo que sí, pero será mejor que le pregunte usted mismo. Él es *majime*.